

+

**F V D**

### **Notre Dame de Betharram – Notre Dame du Calvaire**

En las Cartas del P. Augusto Etchecopar encontramos pocas veces la expresión *Notre Dame de Betharram*. Habla mucho más seguido de *Notre Dame du Calvaire*. Parecería que la devoción a la Virgen de Betharram, la *blanche Madonne*, se fue desarrollando posteriormente, lo cual, a mi manera de ver ha enriquecido la devoción a María, aquí en Betharram. El evangelio de esta fiesta nos remite también en la contemplación a *Notre Dame du Calvaire*.

La imaginería expresa bien esa riqueza devocional. Al entrar en el Santuario, nos encontramos inmediatamente con la blanca Madona de Renoir que preside el altar mayor. Pero Betharram no es sólo el Santuario, Betharram es también el Calvario. Y en la explanada del Calvario, después de las tres cruces del cementerio, la estatua de la *Mater Dolorosa* precede la llegada a la Capilla de la Resurrección. Se trata de una Pietà, que también ha colocado en el Retablo de San Miguel de la capilla de los recuerdos Sor Mercedes Cailleteau, benedictina de Dougne. Las dos imágenes tienen a Jesús sobre las rodillas, las dos imágenes nos muestran a Jesús como pedimos en la *salve*

Fijamos nuestra atención en la estatua del altar mayor. La *blanche Madone* de Renoir. Su blancura nos recuerda la gloria de la Transfiguración, *sus vestidos eran blancos como nadie era capaz de hacerlos*. La majestad de la Virgen sentada, serena, sonriente, que tiene en sus brazos el Niño Jesús que parece escaparse del regazo de la madre hacia alguien que le está haciendo señas de que venga hacia él. Es una Virgen que por esta expresión del niño y por la posición de la pierna derecha doblada hacia atrás no parece estática sino en movimiento.

Toda una espiritualidad. La espiritualidad de la belleza que ya contiene la palabra *Betharram*, por lo de bella rama, ligado al milagro de la niña salvada de las aguas. Contemplamos con alegría la belleza de María. La belleza es el esplendor de la santidad y de la verdad de Dios fuente de la eterna belleza y también imagen de la bondad y de la fidelidad de Cristo, *el más bello de los hijos de los hombres*.

María es bella por tres motivos:

1. Porque siendo llena de gracia y colmada con los dones del Espíritu Santo, ha sido revestida con la gloria del Hijo y adornada con todas las virtudes.
2. Porque amó apasionadamente y de la manera más pura a Dios, a su admirable Hijo y a todos los hombres, con un amor virginal, esponsal y materno.
3. Porque participó del esplendor de la concepción y del nacimiento de Cristo, así como de su muerte y resurrección, adhiriéndose con la perfecta sintonía de la mansedumbre y la fuerza del amor al proyecto salvador de Dios.

Betharramitas, religiosos y laicos, somos partícipes de esta belleza de María como discípulos de Jesús en la medida en vivamos con responsabilidad nuestro bautismo donde hemos recibido todos los dones de la gracia, En la medida que vivamos el amor que nos enseñó Jesús y en la medida en que seamos fieles a la voluntad de Dios en todos los momentos de nuestra vida con mansedumbre y fortaleza. Es la belleza de ser betharramita. Esta belleza es fundamental para la misión: sólo si nuestra vida es bella será provocativa y atractiva.

Subamos ahora al Calvario para contemplar la *Mater dolorosa*, Jesús muerto acaba de ser bajado de la cruz y ha sido colocado sobre el regazo de María. La estatua es estática. María sigue mostrándonos a Jesús, pero no ya transfigurado, sino desfigurado. Parece decirnos: mirad qué amor nos ha tenido el Padre. Mirad el amor más grande: el de aquél que ha sido capaz de dar la vida por los amigos. Mirad, perdió la vida pero va a recuperarla. Mirad, es el grano de trigo caído en tierra que para dar fruto tiene que pudrirse. Mirad, es el precio de la comunión y de la unidad. Mirad, no hay un dolor mayor que el mío, pero confío en las promesas del Padre que no abandona a su Hijo querido. A dos pasos está la capilla de la Resurrección.

Y la *Mater dolorosa* nos dice algo más: Hace poco, antes de morir me dijo que a los que sois sus discípulos os tengo que adoptar como hijos. Hijos míos, mirad, hasta dónde hay que llegar si queréis vivir con radicalidad el Evangelio como verdaderos discípulos, si aceptáis el desafío de vivir unidos a Jesús. Si queréis construir la comunión eclesial hay que aceptar perder y perdonar. Hay que negarse a sí mismo en las pequeñas cosas para poder entregar la vida, hay que correr el riesgo de no ser comprendidos y hasta rechazados, humillados, y perseguidos. Pero no tangáis miedo, hijos míos queridos, vivid en la esperanza, el Padre es siempre fiel a sus promesas como quedó patente en la Resurrección de mi Hijo Jesús.

Sabemos de la presencia de María en nuestra celebración eucarística: es la *Virgen gloriosa*, pero marcada por las experiencias de su maternidad divina y de su participación en la pasión y la muerte de Jesús. La belleza de los signos sacramentales nos permite reproducir y manifestar la entrega de Jesús por nosotros comulgando al pan partido. No podemos comulgar al pan partido y permanecer cerrados sobre nosotros mismo, tenemos que partimos en el servicio y el amor cotidiano a nuestros hermanos y en la práctica de todas las virtudes cristianas. En ellas se manifiesta la belleza del ser cristiano, que atraerá a otros a vivir como nosotros y como Jesús.

P. Gaspar Fernández Pérez, SCJ  
*Betharram, 28 de julio de 2009*